



bía el precio de un billete de «metro». Giscard no lo sabía, y cuando salió presidente hizo ministro a la periodista como premio. Aquí no es que se ignore el precio del billete: es que no se sabe ni por dónde va el «metro». Y así pasa lo que pasa: todos a la estación, a coger un tren para Europa que igual te estaba saliendo en ese momento de la estación de Aluche. Y pérdida general.

Pérdida del «metro» y del oramus porque, vamos, no es para ponerse así. Los que trabajan en el «metro» ganan poco. Quieren ganar más. Hacen una huelga. El metro no funciona. Todo normal. Bueno, pues se arma. La televisión se pone que parece que le ha dado, o que hay bombardeos, o terremotos, o algo. Al «Informaciones» le sale la veta como si se le hubiera reventado un grano de gran potencia explosiva a la puerta de una sucursal bancaria. Y todos así.

Mientras tanto, en la estación de ferrocarril, el desmadre. Uno que tira la gorra al suelo. Otro que quiere meter al revisor su billete a Europa por la boca. El de más allá que dice que hay que tenderse en la vía en plan Ghandi.

Y los que trabajan en el metro, que les sacan de una iglesia y se meten en otra. Y que quieren cobrar más, y que si no pues no trabajan.

Los de la estación se arraciman en los taxis y se dirigen a los periódicos donde tienen un amigo, a la televisión, a las revistas, para colocar un artículo con firma-foto diciendo que el tren de Europa es una estafa, que así sí pero que así no, que donde está el bien común (entendido por tal aquel bien que bien conviene a los errados esperadores de tren).

No sé qué les va a pasar a estos cuando no queramos trabajar ninguno. ■ CAÑEVERAL.



EL GARROTE ENVUELTO EN CELOFAN

Lo que antes, referido a España, se llamaba diferente ahora se dice característico; lo que antes, referido a la democracia, se llamaba orgánico ahora se dice peculiar. De modo que ya lo saben ustedes: España ya no es diferente, sino característica; nuestra democracia ya no es orgánica sino peculiar y propia. Aquí el garrote ha cambiado de envase; la mano dura ha sido enfundada en guante de cabritilla; y la ciega ley represiva y el robusto orden de siempre lucen nuevas etiquetas colgadas de la nariz del maniquí; la porra antigua ha edulcorado sus verdugones con una suave pasta de cacahuete. Lo más importante ahora es parecer civilizado, atribuir a nuestra política un new look europeo para ver si los rubios del Mercado Común tragan y admiten el paquete contra reembolso. Hay que reconocer que lo de antes era deprimente: el garrote se sacaba de un envoltorio de esparto y se blandía sin gracia en el aire tórrido de nuestro anticiclón terciomundista contra las adorables cabecitas de los socialistas de terciopelo; la mano dura esgrimía el látigo para meter en el aprisco orgánico a los dulces socialdemócratas, a los encantadores demócratacristianos, a gente inofensiva de misal y cirio, sin reparar en gastos; a la porra de los guardias se les salía el serrín por el descosido a la hora de cargar contra los tiernos manifestantes. Todo eso ha cambiado. A esa gente sencilla y buena de toda la vida, de ahora en adelante, sólo se les va a proporcionar capones amistosos en el occipucio y según dicen, en Carabanchel donde están metidos los rojos de verdad, los malos de siempre, van a poner bombillas de colores como en una verbena. Para que alegren la vista por el veniano.

Nuestra política ha sido disfrazada con nuevas palabras. De esta forma uno se entera por la prensa, con mucha sorpresa, que las asociaciones ya no se llaman así. Ahora esas cofradías de compadres que chupaban del presupuesto obedecerán al nombre de partidos políticos. Antes nuestra política estaba sometida a un trabalenguas galopante: apenas había aprendido uno a decir democracia orgánica, soltaban lo de tendencias y cuando el personal se había hecho a la pronunciación, venía aquello de pluralismo y en seguida sin tomar aliento llegaba lo de plurimorfismo pluriformista y luego el asociacionismo. Entonces la gente, mientras se hacía al galimatías, no atendía a que si la cosa se cumplía o no. Ahora el personal entiende perfectamente lo que es democracia y partidos políticos. Ahora el personal podrá saber definitivamente que no se cumplen. Eso que llevamos ahorrado. Aunque se llame característico y peculiar. ■ VICENT